

DESDE EL CÓMIC DOCUMENTAL AL TALLERISMO: UNA ENTREVISTA CON JESÚS COSSÍO

From the Documental Comic to Workshops: an Interview with Jesús Cossio

BRITTANY TULLIS
ST. AMBROSE UNIVERSITY (Estados Unidos)
Tullisbrittanyn@sau.edu

JESÚS COSSIO (1974) es un dibujante, autor, tallerista y editor nacido en Lima, Perú, donde reside actualmente. Desde la publicación de su primer libro, *Entre cuadernos y barrotos: la educación peruana desde el punto de vista de sus víctimas* (1999), con Carlos Mayhua y Luis Rossell, el trabajo de Cossio ha demostrado un fuerte compromiso con la justicia social y la preservación de la memoria colectiva, observado en su cuidadosa exploración y representación de las varias facetas y extensiones del conflicto interno en el Perú. En 2003 recibió, junto con Luis Rossell y Alfredo Villa, una beca Rockefeller para investigar el testimonio relacionado con los años de conflicto violento (1980-2000) entre las fuerzas armadas de Perú, Sendero Luminoso, y el MRTA (Movimiento Revolucionario Túpac Amaru). El resultado de esta investigación y trabajo es *Rupay: historias de la violencia política en Perú, 1980-1984* (2008), con Luis Rossell y Alfredo Villar, y luego *Barbarie: cómics sobre violencia política en el Perú, 1985-1990* (2010), que Cossio escribió y dibujó solo. Estas obras, que cuentan entre sus más reconocidas, documentan eventos específicos recreados en forma gráfica, interpolando testimonio, fotografía y dibujos creados por miembros de las comunidades directamente afectadas por la violencia de este conflicto. En conjunto, constituyen un testimonio multifacético sobre un periodo violento que merece una examinación sostenida.



Cossio también es coautor de *Biopolítica para principiantes* (2012), junto con Rubén H. Ríos, *Guerrilla en Paucartambo* (2013), con Miguel Rubio, y, más recientemente, *Ya nadie te sacará de tu tierra: un cómic sobre la reforma agraria en el Perú* (2019), con Carla Sagástegui. También es autor de *Los años del terror: 50 preguntas sobre el conflicto armado interno, 1980-2000* (2016), de múltiples zines (*El cerdo volador*, *Pánico*, *Juventud moderna* y varias series de



retratos, entre otros), y unas series de tiras (*Las increíbles aventuras del hombre que no se hacía dramas* y *Mala onda*) que publicó a través de medios sociales antes de que salieran en forma impresa en 2015 y 2016, respectivamente.

En 2017, Cossio publicó a través de Ojo Público el webcómic interactivo *La guerra por el agua*, con Nelly Luna y Jason Martínez, una obra que explora el conflicto actual entre la compañía Southern Copper (y su proyecto minero Tía María, en Arequipa) y los granjeros rurales en esta región del sur de Perú. Como es característico de su obra en conjunto, y debido también a su colaboración en este proyecto con la periodista Nelly Luna, *La guerra por el agua* funciona como un ejemplo poderoso del cómic documental, combinando investigación periodística, entrevistas y dibujo para crear una obra interactiva en español e inglés que da visibilidad, a través de la perspectiva de dos personas que lo han vivido, a un conflicto real y urgente en el Perú de hoy.

A nivel internacional, Cossio es celebrado no sólo como dibujante y autor sino también como tallerista. En Perú, sus talleres de historieta forman parte del proyecto de la Comisión para las Reparaciones a los afectados del Conflicto Armado Interno y del Ministerio de Justicia. Ha sido invitado a dar charlas y enseñar talleres de dibujo y creación de historietas en Perú, Bolivia, Colombia, Argentina, Chile, Brasil, Estados Unidos y México.

B.T.: Cuando te conocí en 2013, dabas una charla en la Universidad de Iowa sobre *Rupay* y *Barbarie*, dos libros que tratan de los años del conflicto armado interno en Perú. Desde entonces, has publicado mucho más —cuatro libros, un webcómic interactivo, y muchos zines, tiras, y colecciones—. Si no me equivoco, ya han pasado veinte años desde la publicación de tu primer libro, *Entre cuadernos y barrotos: la educación peruana desde el punto de sus víctimas*. Desde tu perspectiva, ¿cómo ha evolucionado tu trabajo durante estos veinte años, y cómo (o hasta qué punto) ha mantenido los mismos enfoques o prácticas a través del tiempo?

J.C.: En cuanto a evolución, veo cierta mejora en el dibujo, aunque aún me considero lejos del nivel que quiero lograr y mucho más lejos del nivel de los/las dibujantes que admiro. En parte se debe a que muchos de los caminos que tomé con las historietas lo hice por impulsos o azares y rara vez con un plan a largo plazo. Creo que mi mayor “evolución” ha sido generar un fuerte sentido autocrítico con muchas de las páginas que he dibujado en estos años de mi carrera, así como cuestionar lagunas o mistificaciones que tenía sobre el dibujo (por ejemplo, dándoles más peso a la “pasión” por dibujar que a la reflexión y el tener-algo-que-decir en el guión). Podría decir que, de mis libros y revistas, ahora apenas apruebo unas cuantas páginas y algunos episodios: de *Barbarie*, los capítulos dedicados a la Entrevista del Siglo de Abimael Guzmán, porque funciona el paralelo entre las palabras de Guzmán y las acciones fatales que en la práctica se

ejecutaron siguiendo esas palabras, y el que trata de la Matanza de Accomarca, aunque ciertamente merece una revisión tras mi viaje a la misma zona donde ocurrió esa masacre. También me gustan algunas tiras de mi personaje de *El Hombre que no se hacía dramas*, porque es un humor muy mío y lejos de esa tendencia (ñoña y horrible) de hacer tiras de “humor” para “reflexionar” y hacer sentir especiales a los lectores.

En ese sentido, en el futuro no quiero aplicar a mis cómics los mismos enfoques y prácticas, que siento erráticas y poco pensadas, sino de alguna manera empezar de nuevo y corregir, haciendo cosas nuevas, lo que me parece mediocre o poco logrado de mis historietas. Estoy leyendo también acerca de la responsabilidad sobre el uso de imágenes de violencia y cómo las intenciones de concientizar con ellas pueden en realidad re-victimizar a quienes se quiere reivindicar en su dolor y pérdida.

B.T.: ¿De qué forma han evolucionado los talleres de creación de cómic que iniciaste en el Perú y ahora reproduces en otros lugares? ¿A qué tipo de público te diriges y cómo te adaptas según lo que quieres comunicar? Por un lado, trabajas cómic testimonial y por otro, la autoficción, ¿cómo incorporas ambas etapas en tus talleres?

JC: Depende. Hay talleres cortos, de una hora, y otros más extensos, que pueden tomar de 4 a 5 sesiones. Algunos talleres son parte de proyectos que solicitan ayudar a que adolescentes o jóvenes se expresen en un lenguaje más lúdico; otros talleres son parte de clases de periodismo o fotografía documental y tienen como objetivo el ampliar el lenguaje gráfico de los asistentes. Preparo mis talleres separados en módulos, así puedo seleccionar los módulos más adecuados de acuerdo al tiempo disponible, la cantidad de asistentes y el interés de éstos. Por un lado, doy talleres de historieta de una hora como parte de un proyecto de CMAN (Comisión para las Reparaciones a los afectados del Conflicto Armado Interno) y el Ministerio de Justicia, que consiste en convocar a un concurso de historietas entre algunas escuelas de regiones históricamente afectadas por el Conflicto Interno. El proyecto incluye también una charla sobre derechos humanos y memoria a cargo de un coordinador de CMAN, lo que nos permite llevar el tema de la Memoria y el Conflicto Armado Interno a unas cuantas escuelas y romper, aunque sea en esos lugares, el estigma de que es un tema “tabú”. Por otro lado, el cómic testimonial y la autoficción lo incorporo en los talleres de Historieta Documental, donde hago un repaso de los ejemplos más notables de esos géneros y analizo con los asistentes sus estrategias narrativas. Estas clases son parte de un diplomado para fotógrafos documentales y durante ocho clases de tres horas debo compartir con ellos la posibilidad de mezclar

fotos y viñetas dibujadas para contar hechos reales. También trabajamos la preparación de un guión documental desde la diferencia entre ficción y no ficción y el proceso de representación visual usando la imagen fija, ya sea fotográfica o dibujada. En esas clases muestro varios referentes de cómic documental o periodístico, pero hay dos que específicamente usan la mezcla de fotos y dibujos: *El fotógrafo* (2011), de Emmanuel Guibert y Didier Lefèvre, y *La grieta* (2017), de Carlos Spottorno y Guillermo Abril.

B.T.: *La guerra por el agua*, el webcómic interactivo que creaste con Nelly Luna y Jason Martínez en 2016, me parece una extensión natural de tu obra en conjunto, ya que extiende este concepto del conflicto interno y la violencia que ha sufrido y sigue sufriendo la población indígena en Perú a una manifestación contemporánea: los impactos violentos de los proyectos mineros en las vidas de los agricultores peruanos, muchos de los cuales forman parte de esta comunidad. Toma una forma muy diferente, sin embargo. ¿Por qué decidieron crear *La guerra por el agua* en forma de webcómic interactivo, y qué desafíos supuso este formato para ti como dibujante?

J.C.: La iniciativa vino de Nelly Luna, pues ella, como fundadora y editora del grupo de periodistas independientes Ojo Público, busca usar medios no convencionales e innovadores para comunicar noticias y temas de discusión pública. El desafío fue aprender un lenguaje nuevo y adaptar el cómic a las exigencias del formato web. Afortunadamente, Jason Martínez es un programador web excepcional que supo explicarme muy bien el proceso y a la vez encauzar las ideas que Nelly y yo íbamos teniendo, mientras Nelly daba forma al reportaje y yo iba haciendo apuntes. Este proyecto me permitió trabajar, ahora sí, en un formato periodístico, gracias a ser parte del equipo de Ojo Público, pues aunque con frecuencia mis cómics son llamados “periodísticos”, lo cierto es que yo no soy periodista y me inclino más por el término “cómic documental”, al incidir más en la representación (la manera como se reconstruye un hecho y se le presenta) y el testimonio (la relevancia del punto de vista desde los participantes). El caso contado en *La guerra por el agua* trata del conflicto entre los habitantes de un valle agrícola y una minera que intenta establecer un proyecto extractivo con apoyo del gobierno, y en ese conflicto han surgido algunos ejes que reflejan algo del Conflicto Armado Interno: el punto de vista de lo que sucede desde la ciudad en oposición al campo, o mejor dicho, la oposición entre los intereses de la capital, Lima, y las ciudades del interior de Perú; y la mirada discriminadora hacia los campesinos, a quienes se caricaturiza en cierta prensa como ignorantes y fáciles de convencer por agitadores para deslegitimar sus protestas.

B.T.: Cuéntame un poco sobre tu último libro, *Ya nadie te sacará de tu tierra: un comic sobre la reforma agraria en el Perú* (2019) que acabas de publicar con Carla Sagástegui. ¿Cómo llegaste a trabajar con ella, y qué planes tienen ustedes en términos de los siguientes pasos en este proyecto?



J.C.: Conozco a Carla desde hace años, pues es una tenaz investigadora de cómic peruano y una perspicaz analista del lenguaje de la historieta. Cuando Benjamín Corso, el editor de Contracultura, y yo planeábamos tocar el tema de la Reforma Agraria para coincidir con los 50 años de ese importante hecho histórico, le sugerí a Corso que prefería trabajar con un guionista, pues desde hace unos años vengo revisando mi manera de trabajar y era mejor sólo concentrarme en el dibujo. Acordamos que sería interesante trabajar con Carla y felizmente aceptó. Intentamos contar parte del proceso de la Reforma Agraria que el gobierno militar de Velasco Alvarado ejecutó en Perú en 1969, un hito histórico fundamental por el cual se expropió a los grandes terratenientes de sus enormes haciendas, en las que con frecuencia se cometían terribles abusos: trabajo sin remuneración, servidumbre obligada para los patrones, golpizas, violaciones y persecución de quienes se mostraban desobedientes, así como se prohibía a los campesinos aprender a leer y escribir o formar sindicatos. Nuestro cómic está dividido en dos partes y hace unos meses publicamos la primera, que cuenta los años previos a la Reforma Agraria y la historia de los militares que la ejecutaron, brevemente. El enfoque que escogimos con Carla es contar la cotidianidad de la dura vida en una hacienda a través de la vida ficcionalizada de una pareja de campesinos que huyen de esa hacienda a Lima, y así contar también algo de la migración y la evolución de la vida rural y urbana posreforma.

B.T.: Muchos de tus libros, incluyendo *Rupay*, *Barbarie*, *Los años del terror*, *La guerra por el agua*, *Ya nadie te sacará de tu tierra*, funcionan como ejemplos de lo que se ha denominado “periodismo gráfico”. Por eso, se han comparado frecuentemente con los de Joe Sacco, autor de *Palestina* (1993) y *Notas al pie en Gaza* (2009), entre otros. Sé que admiras mucho su trabajo; ¿también sirve

como una influencia para ti? ¿Quiénes o cuáles son las influencias más grandes en términos de cómo te aproximas a tu trabajo?

J.C.: Sí, por supuesto, es una gran influencia, y como para muchos dibujantes, una tremenda inspiración. Gráficamente, mi trabajo es muy derivativo de su estilo: me gusta dibujar en estilo naturalista, en blanco y negro, con mucho contraste y usando mucha trama fina para dar volumen, sombras y solidez. Desde hace un par de años, estoy replanteándome muchas cosas sobre mi trabajo, y por ello mismo mis influencias están cambiando, pero puedo mencionar algunos nombres a los que siempre vuelvo o estoy revisando: Joe Sacco, Phoebe Gloeckner, Chester Brown, Emanuele Fior, Olivier Schrauwen, Emil Ferris, Aidan Koch, Rodrigo La Hoz... Y ahora mismo, estoy fascinado con George Grosz y Karl Arnold.

B.T.: Perú no se cuenta entre los países latinoamericanos con una fuerte tradición de cómic, pero cada vez que he visitado Lima me he dado cuenta de que hay un espacio y una tradición muy sólida que rodea la narrativa gráfica en tu país. Para ti, ¿a qué se debe la existencia de este espacio cultural, y quiénes son los artistas peruanos que lo han mantenido a través de los años y que siguen expandiéndolo hoy?

J.C.: Si bien ha habido una tradición de humor gráfico y caricatura política, no estoy seguro de que el espacio actual para el cómic sea sólido, o lo haya sido alguna vez. No hay industria, ni mercado de/para cómics en un sentido convencional, y los medios de prensa han cerrado muchos espacios para los dibujantes locales. Sí hay un circuito que se resiste a morir, y que tiene chispazos de vitalidad apreciables (ferias, exposiciones, presentaciones), mientras que hay autores que se mantienen produciendo a pesar de las condiciones, algunos notables: Rodrigo La Hoz, Manuel Gómez Burns, Eduardo Yaguas. Hay también algunas editoriales que están publicando cómics. Por un lado, algunas que se dedican a los textos pero tienen una rama de historietas, como Penguin Random House y Planeta; y otras que se dedican más de lleno a lo que son historietas, como Contracultura, Pictorama y Altazor. También hay una revista de cómics, *Carboncito*, que lleva una década publicando a autores de Latinoamérica.

B.T.: *Mala onda* y *Las increíbles aventuras del hombre que no se hacía dramas* son series de tiras que demuestran otra faceta de tu trabajo, tu talento como humorista. Las dos tienen un tono mucho más ácido y las críticas sociales que ofrecen son muy distintas de las otras obras que has ido comentando hasta

ahora. Desde tu perspectiva como autor, ¿cómo se relacionan esas distintas facetas de tu trabajo?

J.C.: No puedo dar una respuesta más articulada aparte de decir que me parece aburrido hacer una sola cosa. Por otro lado, es una manera de llevar al papel cierta actitud burlona que tengo respecto a lo mucho que se toman en serio la mayoría de las personas. Por ejemplo, en Latinoamérica la educación sentimental favorece el melodrama en las relaciones y eso sale en nuestras reacciones incluso si pretendemos ser algo alternativos en eso; o si por el contrario, algunos suscriben cierto reclamo de ser “especiales” y reclamar una sensibilidad única y en cierto modo superior.

Ahora estoy interesado en hacer una tira de humor que refleje cierta idea sobre nuestra civilización actual y su condición paradójica de “paraíso distópico”. Es decir, sobre cómo el capitalismo tardío se muestra a sí mismo como el punto más alto de la evolución humana y logra que las personas aceptemos sus condiciones más distópicas (la invasión de la tecnología en cada aspecto de la vida, la constante vigilancia, el marketing desenfrenado de la imagen personal) justamente como lo mejor de esta época.

B.T.: ¿En qué estás trabajando ahora, y qué nos puedes contar de proyectos futuros?

J.C.: Por ahora, nada en especial, leyendo algunos libros para el segundo tomo de *Ya nadie te sacará de tu tierra*, el cómic que estoy trabajando con Carla Sagástegui sobre la Reforma Agraria en Perú. Hay que sintetizar mucha información, sobre todo en este nuevo volumen que se centra en la Reforma en sí y lo que se hizo bien y se hizo mal, o lo que se complicó una vez instaurados los planes sobre las cooperativas y los trabajadores agrarios. Una vez realizada la expropiación de las enormes haciendas a los terratenientes, el gobierno militar intentó organizar cooperativas con los campesinos y trabajadores agrícolas, pero ese esfuerzo no siempre fue positivo y en muchos casos, las cooperativas fracasaron. Las razones son complejas y hay una discusión aún vigente acerca de por qué ese experimento socioeconómico no cuajó como se esperaba.

También tengo muy pendiente una biografía en cómic de un escritor peruano esencial, José María Arguedas. Fue un literato y escritor que escribió novelas y cuentos acerca de los indios de Perú, no desde el indigenismo sino desde una visión más comprensiva (fue criado por siervos pobres de una hacienda y era quechuahablante) y con una rica prosa lírica y muy sentida. Estamos conversando con

Carla Sagástegui para hacer esa biografía el año que viene, e incluir la adaptación de algunos fragmentos de los cuentos y novelas de Arguedas en este cómic.

Sé que eres un lector ávido, y no sólo del cómic. ¿Qué estás leyendo en estos días, y qué recomendaciones tienes para nuestros lectores?

J.C.: Estos días estoy leyendo la poesía de Wislawa Szymborska, una excepcional poeta polaca que trabaja muy bien el tema de lo posible y de lo que no fue. También un libro, semiclandestino, de testimonios de ex-senderistas que sobrevivieron a la masacre de una cárcel en 1986, y puedo tener un punto de vista nuevo acerca de ese caso, desde “adentro”. Me gustaría recomendar el libro *Realidad daemónica*, de Patric Harpur. El autor explora un tema fascinante: ¿qué son los fenómenos paranormales? Las hadas, animales encantados, apariciones misteriosas, ovnis, luces extrañas que algunos ven desde hace siglos, ¿qué sentido tienen en nuestra existencia? La premisa es que esas apariciones (no incluye a los fantasmas ni médiums; los primeros son fenómenos con perfil muy personal y subjetivo, los segundos, poco rigurosos) son fenómenos psíquicos, en el sentido más profundo de la palabra: son apariciones que pertenecen a la esfera de nuestra relación anímica y mental con la Realidad. Hermoso libro que cuestiona la extendida (y estéril) superioridad racionalista.

